

Miércoles, 30 de Septiembre de 1936

DIRECTOR:

Luis González de Linares

mundo gráfico



La estrella de cine Juanita Montenegro se ha hecho chófer de Unión Republicana

Vean ustedes a la bella actriz aprendiendo el manejo de la pistola

(Un reportaje en este número)



AÑO XXVI
Número 1300
Hermosillo, 73
Apartado 571



El transporte aéreo de los heridos

Un ingeniero soviético ha inventado unas camillas con perfecta seguridad contra el viento, el frío y la lluvia, y que se colocan bajo las alas de los aviones sanitarios, para el cómodo transporte de heridos y enfermos. Ved en estas dos fotografías cómo son colocadas las camillas en el avión





El transporte aéreo de los heridos

Arriba: Cómo es colocado un herido en una camilla aérea para su transporte por avión a un hospital cercano, en Rusia

Abajo: Otro herido en una camilla perfectamente instalada en el avión, conforme a las experiencias logradas con total éxito por el técnico ruso A. F. Lingart





**La estrella de cine Juanita Montenegro
trabaja de chófer en Unión Republicana**

Ved, arriba y abajo, a Juanita Montenegro, que todas las mañanas, a las diez, con la mano al volante, está a la puerta del local del Frente Popular





Juanita Montenegro con algunos compañeros de la organización política en que presta sus servicios

La estrella de cine Juanita Montenegro trabaja de chófer en Unión Republicana

Cuando la ven pasar los milicianos, tan esbelta, tan airosa, con su pistola al cinto, la dicen piropos. Ella sonríe y sigue su camino, cada día más contenta de estar sirviendo a la República. ¿No la conocen ustedes?... Es Juanita Montenegro, la hermana de Conchita Montenegro, artista de cine también, que ha dejado momentáneamente su arte para servir a la causa del pueblo.

El día que los militares intentaron echarse a la calle en Madrid, Juanita estaba preparándose para comenzar a rodar *La malquerida*. Lo del rodaje, claro estaba que se había estropeado; pero ella no quiso meterse en casa a esperar cómodamente a que todo pasara. No, de ninguna manera; había que hacer algo. Ella se olvidaría de que era una actriz cinematográfica, profesión absolutamente superflua en caso de guerra, y trabajaría en otro oficio más subalterno, pero más práctico. Se vistió con su ropa más sencilla y salió a la calle. En el garage, reluciente y coquetón, estaba el coche que Juanita se había comprado hacía dos días. Se agarró al volante, y atravesando aquel Madrid que era un bosque de fusiles, se presentó en el local de Unión Republicana y les dijo a los jefes:

—Aquí tienen ustedes un coche con un chófer, para lo que quieran mandar. A sus órdenes.

A los señores de Unión Republicana se les hacía un poco cuesta arriba los primeros días tener de chófer a Juanita. Había que darla órdenes y hasta dejarla a la puerta del Congreso o de un Ministerio, espera que te espera. Al fin y al cabo, ellos eran unos caballeros españoles. Pero se acostumbraron pronto. La guerra nos ha acostumbrado a tantas cosas... Y ya lleva Juanita dos meses largos trabajando sin descansar. A las diez de la mañana ya está su coche a la puerta del local del Comité del Frente Popular, y ella, arriba, esperando órdenes. Unas veces hay que ir a un Ministerio; otras, al Ayuntamiento, a buscar víveres. No escasean tampoco las excursiones a los pueblos más o menos próximos. Todo lo que haga falta hacer lo hace Juanita, que es incansable.

Hoy la he acompañado yo en su tarea mañanera. Primero fuimos al hospital de sangre que hay instalado en el Hotel Ritz. En el hall, donde antes conversaban los



Juanita Montenegro con otra bella chófer



Cuando es preciso, Juanita se echa al suelo y maniobra como lo que es: como un perfecto mecánico

millonarios, los milicianos convalecientes se entretienen cantando al son de la guitarra que tocaba uno de ellos. De allí nos marchamos a otro sitio, a dar un recado urgente. Pero los coches no siempre están a la altura de las circunstancias, y el de Juanita se puso a dar la lata. Menos mal que ella va preparada para estas y otras contingencias. Con una ligereza maravillosa, se echó al suelo, debajo del coche, y en unos minutos le puso en condiciones de volver a funcionar con normalidad. Los milicianos que nos rodearon en seguida querían todos ayudarla; pero no hizo falta. Ella sola se basta y se sobra.

—Y dígame, Juanita, en confianza: ¿no se le hace un poco dura esta vida aperreada de chófer, que no se parece en nada a la vida plácida de una estrella de cine, que es lo que usted es?

—Ni muchísimo menos. En primer lugar, que la vida de artista de cine no es tan plácida como usted se la imagina. Hay que trabajar mucho. Esto, en cambio, es sencillísimo. Basta la buena voluntad y el deseo de servir a la patria, para que a una le parezca todo de color de rosa. Con franqueza la digo que de lo que yo no me hubiera sentido capaz sería de haberme estado metida en casa días y días, en espera de ver cómo terminaba esto.

Lo que no se puede hacer es estar cruzada de brazos mientras el pueblo pelea. Es preciso hacer algo útil. No creo que la gente que se pasa la vida sin hacer nada provechoso pueda, en estos momentos, dormir tranquila. En cuanto al cine..., ya tendré tiempo de hacerlo después. Ahora hay otras cosas más urgentes.

Juanita me deja, porque precisamente dentro de un rato tiene que estar en su puesto de nuevo. Ahora su tarea será dar escolta con el coche a otro de un personaje del partido, que tiene que hacer unas gestiones.

J. C.

Un busto de don Manuel Andrés Casaus en la Dirección General de Seguridad

En la Dirección General de Seguridad ha sido descubierto oficialmente un busto de don Manuel Andrés Casaus, que rigió, como se recordará, aquel departamento, y que fué, después, asesinado en San Sebastián. Al acto del descubrimiento asistieron el ministro de la Gobernación, el actual director de Seguridad y numerosos funcionarios de la Dirección

(Fot. Vide)





Uno de los carteles presentados
(Fols. Piortiz)

CARTELES DE PROPAGANDA

El arte al servicio del pueblo



El mejor cartel va a ser designado por elección popular. He aquí la urna

Todo al servicio del Pueblo y de la República. Lo material y lo espiritual. Lo que conserve y aumente las fuerzas corporales para la batalla contra el fascismo y lo que sirva de placer espiritual en los momentos de descanso en la batalla.

Desde el comienzo de la guerra se ha tenido muy en cuenta todo esto. Y los artistas han ofrecido su arte a la mayor gloria del pueblo, identificados con sus aspiraciones y sus dolores. El apoyo ha cuajado en frutos espléndidos de espiritualidad: «El Altavoz del Frente», con sus expediciones a las líneas avanzadas y sus emisiones por radio; las expediciones de libros y periódicos a las líneas de fuego; las visitas a los hospitales, cuarteles de Milicias y hogares de pioneros; el «Mono Azul»; las conferencias culturales en los palacios y Museos particulares incautados—espléndida conferencia la de don Angel Vegue y Goldoni en el que fué palacio y Museo del ex duque de Alba!—y tantas otras manifestaciones artísticas, están desarrollando desde los primeros momentos una honda labor por el triunfo definitivo de las aspiraciones populares, a la que hay que sumar la aportación de los periódicos madrileños. (Destaquemos un hecho entre todos: esa magnífica sección diaria de Puyol en *Mundo Obrero*, pizarra popular con aire fino y auténtico de la calle y trazo de arte puro, verdadera colección de carteles revolucionarios por su estruendo de grito y resumen de la actualidad.)

Desde hace unos días se ha enriquecido este acervo espiritual de la guerra con una nueva manifestación de la inquietud de los artistas españoles más destacados y de su adhesión a la causa del pueblo. Nos referimos a esa Exposición que atrae la atención de los madrileños: la Exposición de carteles en homenaje a las Milicias populares, instalada en los soportales de la antigua Casa de la Pañadería, de la Plaza Mayor. El aire galdosiano del suceso—público, marco españolísimo y matritense y ambiente popular—ha cuajado en un grito múltiple, en el que las sesenta y dos obras presentadas son otros tantos clarines llamando a la atención de los transeúntes.

La Exposición—cuajada en éxito desde el primer día—ha sido organizada por la Junta directiva del Frente Popular de la Cámara del Libro de Madrid, y abundan en ella las obras maestras de la más diversa tendencia en el arte del cartel: intención en la línea y el asunto, fervor revolucionario y popular, blanco certero. Y aun cuando el pie forzado de la Exposición obligaba al tema único, cada uno de los artistas ha sabido desarrollarle con un tono independiente y personal que presta variedad a lo que por su unidad obligada corría el peligro de caer en monotonía.

Más de la mitad de las obras presentadas marcan un nivel nada corriente en la técnica del moderno arte del cartel, que tan destacados cultivadores tiene en España.

De entre ellos sobresalen las obras firmadas por Bartolozzi, Puyol, Penagos, Gil Guerra, Peinador, Garrán, Girón, Alonso, Bardasano, Pedraza, Sancha, Prieto, Moliné, Parrilla, Hortelano, Cheche, Izarra y otros varios.

La primera manifestación de arte con sentido de Exposición pública que se lleva a cabo en los días de la guerra está constituyendo un éxito extraordinario no sólo en su sentido revolucionario—artístico y social—, sino también en el práctico.

En este aspecto ya ha empezado a dar sus frutos, tan necesarios para los artistas, castigados desde hace tiempo por la falta de encargos.

Varios Bancos han adquirido algunas de las obras expuestas y otros han hecho ya ofertas de adquisición a sus autores.

Entretanto, el público muestra a diario su adhesión a esta avanzadilla de los dibujantes españoles, depositando su voto en la gran urna de la Exposición para

elegir el mejor cartel de entre todos los presentados. Todo al servicio del pueblo y de la República. Lo material y lo espiritual. Porque no sólo de pan vive el pueblo.

OTERO SECO

“MUNDO GRAFICO” CAMBIA PROVISIONALMENTE SU FORMATO

Este número aparece MUNDO GRAFICO con un formato mayor que el de costumbre. Advertimos a nuestros lectores que no se trata de un cambio definitivo, sino de una modificación provisional hasta que recibamos las bobinas de papel de las dimensiones necesarias



El público en la Exposición de carteles de exaltación de las Milicias Populares

Así habló el viejo guardia...

Era en la Sierra. Estaban en una casucha, convertida en refugio de milicianos. El viejo guardia, antes civil, hoy nacional republicano, contaba. Los jóvenes escuchaban con atención.

—Pues sí; yo siempre he sido de izquierda. Pero si creéis que eso era fácil durante la Monarquía... Y, además, en un pueblo pequeño, como éste, donde había tanto cacique, tanto señorito... Los jefes se enfadaban: Allí estábamos para vigilar y no para meternos en política. La verdad era que siempre teníamos que meternos con el pueblo. Contra los señoritos, ni chistar, hicieran lo que hiciesen. Mira que una vez...

... estaba, con mi pareja, vigilando el campo para que nadie cazase, pues era durante la veda. Había cada campesino hambriento que iba a cazar un conejín para llevar algo que comer a sus chicos, que daba pena, muchachos. Pero la ley era la ley, y les cogíamos a todos. Y luego, al cuartelillo... ¡Así nos tenían de odio los pobres! Pero ese día me veo a un señorito que llevaba, ni más ni menos, sino tres conejos en el cinto. Iba despacito, silbando, tan contento. Nos acercamos a él: «¿No sabe usted que ahora no se puede cazar? No tenemos más remedio que detenerle.» Todo esto dicho con muy buenas maneras. Y entonces, chicos, se pone a chillarnos y a decir que él tenía derecho a hacer lo que le diese la gana, y que nosotros no éramos nadie para prohibírselo. Pero nosotros le llevamos al cuartel y le quitamos los conejos.

¡Y ahora viene la buena! Cuando llegamos al cuartel sale el comandante del puesto, y ¡buena nos armó al ver detenido al señorito! «¿Qué significa esto?—nos dijo de mal talante—. ¿Por qué molestáis al señor? ¡Suéltlenlo inmediatamente!» Y luego, dirigiéndose al señorito: «Usted perdonará; pero ya ve lo bruta que es esta gente; no saben distinguir entre un cazador furtivo y una persona honrada. Llévase usted su caza y no se moleste. Ya sabe que estamos a su disposición. Salude a su señor padre.» El jovencuelo nos miró con aire de triunfo y se marchó. Después, el comandante aun nos armó una bronca. Nos quedamos con una rabia, con una amargura, con una conciencia de injusticia...



Después del 16 de Febrero, ya era otra cosa; pero aun seguíamos siendo odiados por el pueblo. Yo, no, pues los vecinos ya me conocían, y sabían que les ayudaba en todo lo que podía, y que por esto mis jefes y compañeros me tenían ojeriza. Ahora, ya es otra cosa. En cuanto estalló esa sublevación, el comandante del puesto nos ordenó concentrarnos en la capital. Yo no podía hacer nada, y me escapé. Volví al pueblo, y luego me fui con los milicianos que se hicieron allí mismo, con las escopetas de caza requisadas a los ricos. Pero, a pesar de todo, ¡hay que ver cómo hemos luchado!...



Bueno; pero tú, ¿qué estás haciendo? ¿Sacando fotos? Y yo sin enterarme. ¡Vamos, hombre, sácame una de frente! Llevo barba de una semana; pero no importa. De lo que se trata es que salga bien el gorro. ¡Qué bueno es llevar este gorro después de veintitantos años de tricorneo! Ahora la gente nos mira de modo distinto: con simpatía. Y el pueblo ahora nos aplaude y nos vitorea. Parece que esos aplausos suenan de modo distinto, ¿verdad?: más cariñosos, más francos. También nosotros defendemos al pueblo con más ganas. ¡Como que nosotros también somos del pueblo! Bueno, compañero, a ver si sale bien el gorro!

Aquí, en el campo, se respira a pleno pulmón, ¿eh? ¿Qué es lo que estaba diciendo? ¡Ah, sí! Que me fui con los milicianos. Yo me dije: «Estos muchachos son muy valientes; pero seguramente que no entienden ni pizca de ametralladoras. Y yo... Yo conozco esa máquina mejor que a mi mujer. ¡Si la conoceré bien! Me vine aquí, a la Sierra, y ¡vaya si la he manejado a gusto! Ya sé que al principio nos tenían un poco prevención los compañeros; pero ahora no, ¿verdad?

Levantó el puño. Después volvió a su charla con los milicianos, que le miraban con ojos muy abiertos. A lo lejos se oía el ruido sordo del bombardeo. De cerca se percibía la canción «Joven guardia», cantada por un grupo de chiquillos. El viejo guardia calló para escucharla con gesto pensativo.

Ejemplos de la retaguardia



En este taller colectivo de modistas, muchas manos trabajan infatigablemente, a lo largo de todo el día, sobre las ropas que vestirán después los combatientes (Fot. Video)

Un taller colectivo de modistas y sastras que trabajan voluntariamente para los luchadores del pueblo

CONVENTO que se llamó de las Pastoras, en Chamberí, casi inmediato al pulmón popular de la Glorieta de Cuatro Caminos. Un caserón ni muy antiguo ni muy moderno, con cierto aire recoleto y provinciano. El patio conventual, con sus arcadas, sus galerías y sus arriates, parece el de una casona de Sevilla. Y al fondo de la mansión, el jardín umbroso, fresco, abierto entre un cuadrilátero de galerías con balcones y rejas.

En una vasta sala, llena de alegría solar, entonan su canción de ritmo monótono hasta cincuenta máquinas de coser. Parlas y risas femeninas decoran como estribillo la canción mecánica. Cincuenta muchachas trabajan con esa animación juvenil que hace alegre y provechoso el esfuerzo. Modistas y sastras, espuma de juven-

tud; las que decoran con su gracia única, en escuadrones volantes, las aceras madrileñas dos veces al día entre un revuelo de piropos y risas.

¿Ha empezado la temporada de costura? Ciertamente, por estos días, las *madames* más o menos auténticas habían regresado ya de sus compras parisinas, y los modistos afamados lanzaban sus primeras *réclames* en los periódicos y empezaban a recibirse en los grandes almacenes los tejidos que la fantasía de los dibujantes lanzaban como nuevas modas.

Todas estas muchachas empezaban a ir al taller de *madame* o a recluirse en los más modestos «cuartos de labor» de las modistas de la clase media.

La labor que ahora hacen todas estas muchachas es

bien distinta. Por los tableros de sus máquinas no se deslizan, al ritmo de la Singer, telas costosas, sedas y crespones, pañetes delicados, lanas fonjes y ricas. Sus manos pulidas, de uñas esmaltadas; sus manos habituadas a las delicadezas de las *toilettes* lujosas, manejan gruesos tejidos de colores apagados, cosen piezas innumerables de tela azul uniforme y proletaria.

La *madame* no pasea entre las máquinas su prestancia vanidosa, dura y exigente, que se desquita en el taller de las zalemas y adulaciones que prodigó en la «sala de pruebas» a las clientas ricas.

Rige este taller luminoso, alegre, lleno de risas y canciones en flor, una muchachita menuda y morena, vivaz e inteligente. Es casi una niña, y tiene dinamismo y



Tres de las bellas muchachas que trabajan en el taller colectivo de modistas instalado en un viejo convento madrileño por las Juventudes Socialistas Unificadas

energía de verdadera autoridad. Se llama Isabel López, y es la secretaria femenina del Radio 9 de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Ella ha organizado, en lo que fué convento, este taller colectivo, donde ciento veinte muchachas trabajan haciendo cazadoras de abrigo, «monos», camisas y jerseys para los combatientes del pueblo.

—Todas estas compañeras—me dice—están trabajando aquí voluntaria y desinteresadamente. Bastó un solo llamamiento de las Juventudes para traerlas. Algunas estaban colocadas y tenían labor retribuida en otros talleres, y la han dejado para venir a trabajar gratis.

Nos cuenta Isabel López cómo en pocas horas se organizó el taller:

—Las primeras veinte máquinas las dió la Casa Singer. Las demás han ido viniendo como fruto de las requisas hechas por las Juventudes. En Abastecimientos nos surten de telas para los uniformes y camisas, y de lanas, para los jerseys.

—¿Cómo está organizado el trabajo?

—Por el sistema stajanovista. Cada compañera, con una o dos ayudantas, trabaja en una máquina. Controlamos el rendimiento de cada máquina, que ya está calculado en cada jornada, y luego, colectivamente, el del taller, que ha de alcanzar una cifra de producción prevista.

—¿Cuál es la producción actual?

—Somos hasta ahora ciento veinte compañeras, divididas en tres Secciones. No hace más que una semana que estamos trabajando, y ya conseguimos hacer diariamente unas setenta cazadoras, otros tantos «monos» y camisas; los jerseys, naturalmente, por ser labor más minuciosa, se hacen en menor cantidad.

—¿Usted está al frente de los tres talleres?

—Tengo como ayudantas dos delegadas: Mercedes del Hierro y Valentina Pérez. Esta es una gran luchadora. Ha estado en los frentes de la Sierra como enfermera; luego, en Talavera, en las cocinas de campaña y llevando víveres a las líneas de fuego.



La sección de corte en este taller colectivo. A la izquierda: Isabel López (x), secretaria femenina del Radio 9 de las Juventudes Socialistas Unificadas, que dirige el taller instalado en el que fué convento de las Pastoras, donde se confeccionan ropas para los combatientes

(Fots. Videal)

—¿Son todas madrileñas, chamberileras, estas muchachas?

—En su mayor parte, están afiliadas a nuestro Radio de Chamberí. Pero hay varias asturianas, a las que los sucesos sorprendieron en Barcelona. Habían ido formando parte de las Agrupaciones de folklore que iban a actuar en la Olimpiada Popular, y se han quedado aquí.

Interrumpe Isabel sus explicaciones. Los preparativos del fotógrafo han producido cierto revuelo en el taller. El enjambre femenino se alborota, risueño, preocupado con la pose ante el objetivo. Isabel, con acento enérgico, clama:

—¡A trabajar! ¡La labor no debe interrumpirse ni por hacer fotografías ni por nada!

Instantáneamente el alegre tumulto cesa. Ni una protesta, ni una murmuración. Vuelven a trepidar las máquinas.

—Veo que hay disciplina—insinúa.

Isabel López me contesta con gravedad:

—Naturalmente; como la tiene toda la juventud en estos instantes. Precisamente porque nada, ni siquiera el interés del jornal nos obliga, tenemos derecho a exigirnos a nosotras mismas el máximo esfuerzo.

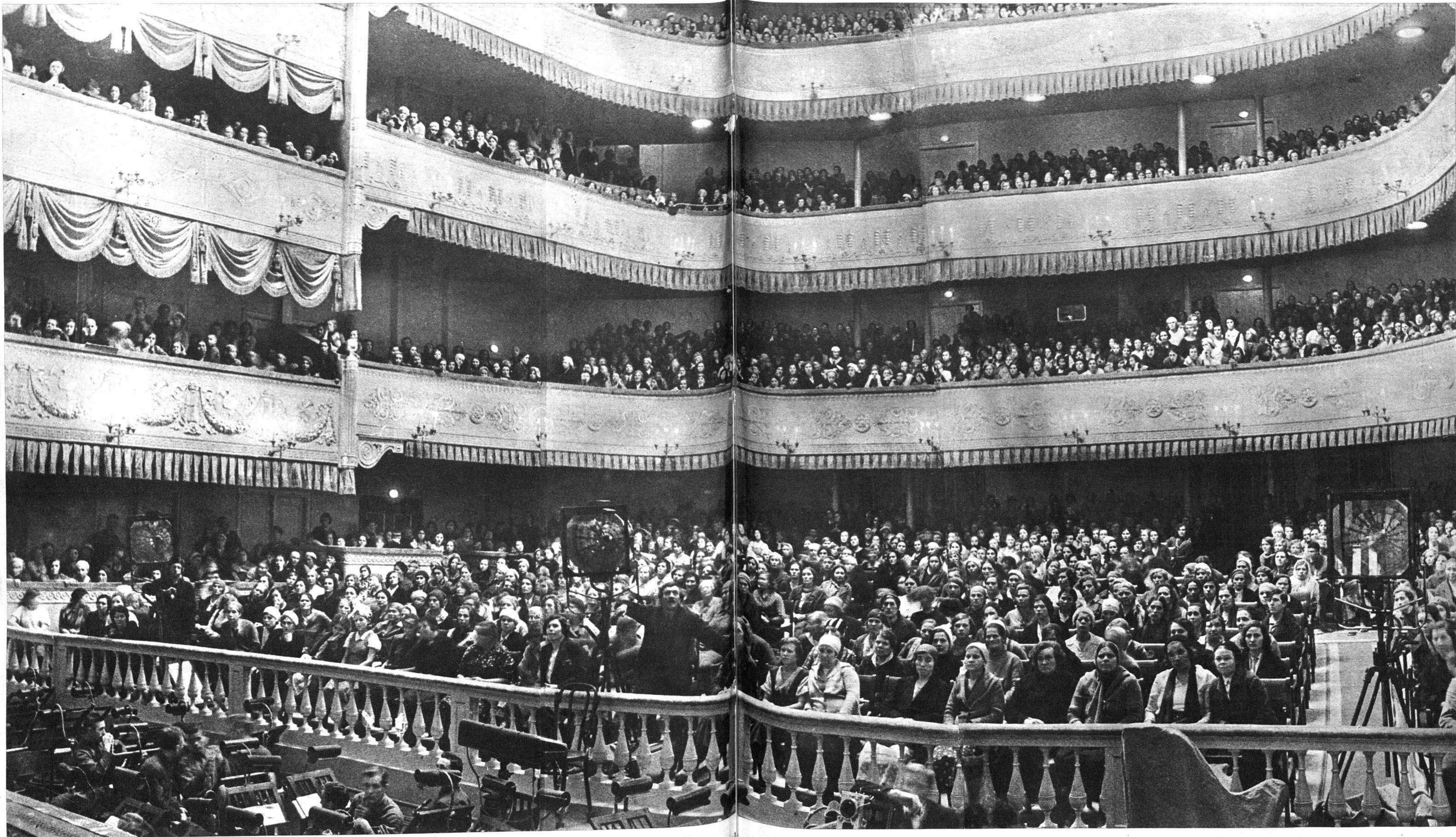
Un cortador se acerca a hacerle una consulta, y la secretaria la resuelve rápidamente. Se intensifica el ritmo mecánico de la canción laboriosa. Isabel López, satisfecha, toma unas notas en su *bloc*. El enjambre humano trabaja. Alegría creadora del entusiasmo, que no se cansa, que no ve en el trabajo un castigo, sino una liberación. ¡Salud, camaradas!

JUAN FERRAGUT



Una perspectiva parcial del taller de camisería

La ayuda de las mujeres rusas a las mujeres y a los niños de España



Una vista general del teatro filial del Gran Teatro de Moscú durante el mitin celebrado en favor de las mujeres y los niños de los combatientes de España. Los obreros de las manufacturas Dzerjinski, en Trekhgorka, hicieron un llamamiento a las mujeres rusas para que acudiesen en ayuda de sus compañeras de España, y eco de ese llamamiento fué este mitin en Moscú, al que acudieron dos mil trabajadoras



A su llegada a Nueva York, Greta Garbo, tras de sus vacaciones pasadas en Suecia, sonríe y hace declaraciones a los periodistas que han acudido al hotel para recoger las impresiones de la estrella sueca



Sally Eilers y Ricardo Cortez, a su llegada a la estación de Waterloo, en Londres, son rodeados por la multitud que ha acudido a recibir a los dos admirables artistas
(Fots. A. G.)

Cuando las estrellas viajan...

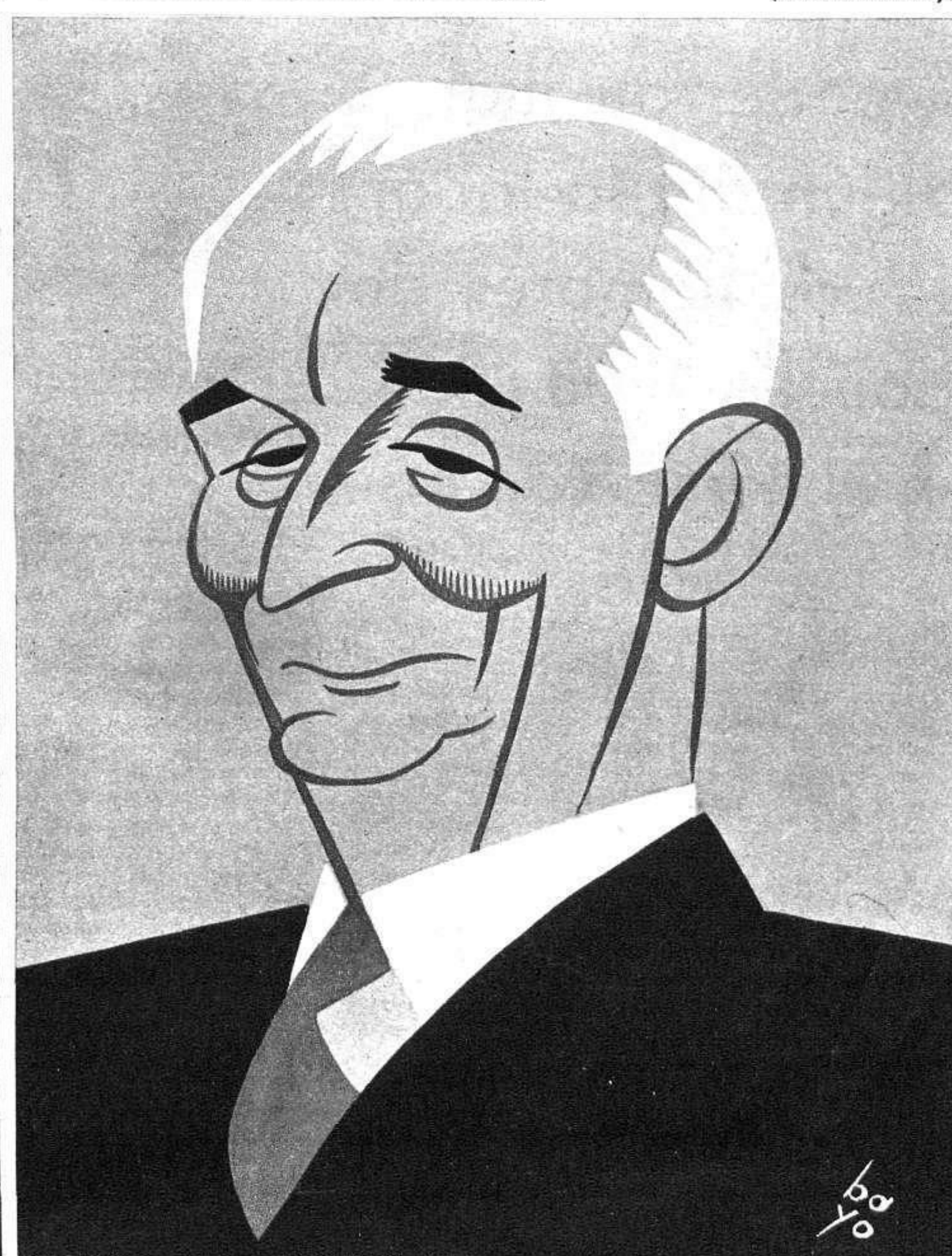


Marlene Dietrich y Douglas Fairbanks junior, en el vestíbulo de una sala de «film», en París, el día en que fué estrenada una película de la que eran protagonistas los dos artistas



Figuras del momento

Arriba, a la izquierda: Luis Araquistain, nombrado embajador de España en Francia. A la derecha: Don Marcelino Pascua, nombrado embajador en Rusia.—Abajo, a la izquierda: Don Plácido Álvarez Buyla, nombrado cónsul general en Gibraltar. A la derecha: Don Augusto Barcia, nombrado embajador en el Uruguay
(Caricaturas de Bayo)





Una bella enfermera equipando a uno de los perros de la Cruz Roja

los servicios de esos perros de la Cruz Roja? ¿Acaso su acción no puede ayudar a la de esos hombres que significan el socorro y el amor humanos por encima de todas las discordias?

Los ejemplos de esos servicios *humanitarios* que los perros pueden prestar son innumerables. El gran ejemplo clásico y excepcional es el de los perros de San Bernardo buscando el dolor y el desamparo entre las montañas nevadas. En la Gran Guerra hay multitud de emocionantes casos de perros por los que se pudo salvar a un hombre. El olfato poderoso de aquellos animales es un auxiliar eficazísimo de la acción de la Cruz Roja.

Y para esto se prepara ahora a estos perros que hasta hoy fueron solamente mascota de la Cruz Roja madrileña. De llamada de la buena suerte van a convertirse en auxiliares, cuando el caso lo requiera, de la acción de estos hombres. Cuando ha cesado un combate; cuando sobre el campo han quedado muertos y heridos; cuando el terreno, por ejemplo, está lleno de maleza y la noche es oscura, las linternas y el esfuerzo de los hombres de la Cruz Roja pueden no bastar para encontrar a los caídos. Ese es el momento de la intervención de los perros. Ellos, guiados por su gran olfato, llegan hasta donde están los heridos y los muertos. Sus ladridos avisan del hallazgo. O regresan corriendo para ir de nuevo, esta vez ya con los camilleros, hacia el sitio en que encontraron al caído en el combate.

Turca, *Centinela*, *Chilila*, *Baby* y *Libertario* van a ser preparados para estos servicios, por si alguna vez fuera necesario su empleo. La historia de estos perros de la Cruz Roja madrileña puede tener algún día capítulos emocionantes.

J. M. A.



«Turca», «Centinela» y «Chilila», los tres perros de la Cruz Roja, equipados para poder salir a los frentes y auxiliar la labor de los hombres de aquella humanitaria Institución (Fots. Palomo)

brazaletes, en las paredes, sobre las mesas—, como un símbolo, la cruz generosa.

El mayor de esos perros es *Turca*. Un magnífico ejemplar de perra, que cuenta ya con nueve años, y que es, sin embargo, de una fuerza y de una agilidad magníficas. Descendientes suyos son los demás. Había, hace dos meses, cuatro perros descendientes de *Turca*. Uno desapareció un día, y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por encontrarlo. Muy pocos días después desaparecía otro, que tampoco volvió a ser hallado. Quedaban, por tanto, además de *Turca*, estos otros dos perros lobos: *Centinela* y *Chilila*. Y de estos dos, cuando ya se había encendido la guerra civil, nacieron otros dos: *Baby*, uno, y el otro, *Libertario*, como corresponde a la hora.

Son cinco, por tanto, los perros que tiene hoy la Cruz Roja. En el patio del cuartel corren y juegan. Los dos más pequeños, nacidos en plena revolución, tienen una graciosa estampa. Son chiquitines, no pueden todavía correr mucho, y en ellos las características del lobo no están aún totalmente definidas. Corren y saltan detrás de sus padres, a los que con dificultad alcanzan. *Baby* y *Libertario* son, naturalmente, el juguete del cuartel cuando cede el trabajo, cuando se abre una pausa de descanso en el quehacer de estos hombres de la Cruz Roja.

Mascotas hasta hoy estos perros. Porque hasta hoy la vida fué pacífica. Pero ha estallado la guerra civil, y España está desangrándose. ¿Acaso no pueden ser ya otros

Los chiquillos y el momento de España



Los chiquillos de Madrid, con un gran sentido artístico, han construido alegorías referentes al momento actual sobre el piso de las calles. He aquí, ante su obra, a los muchachos que han construido una de aquellas alegorías en la barriada de las Vistillas

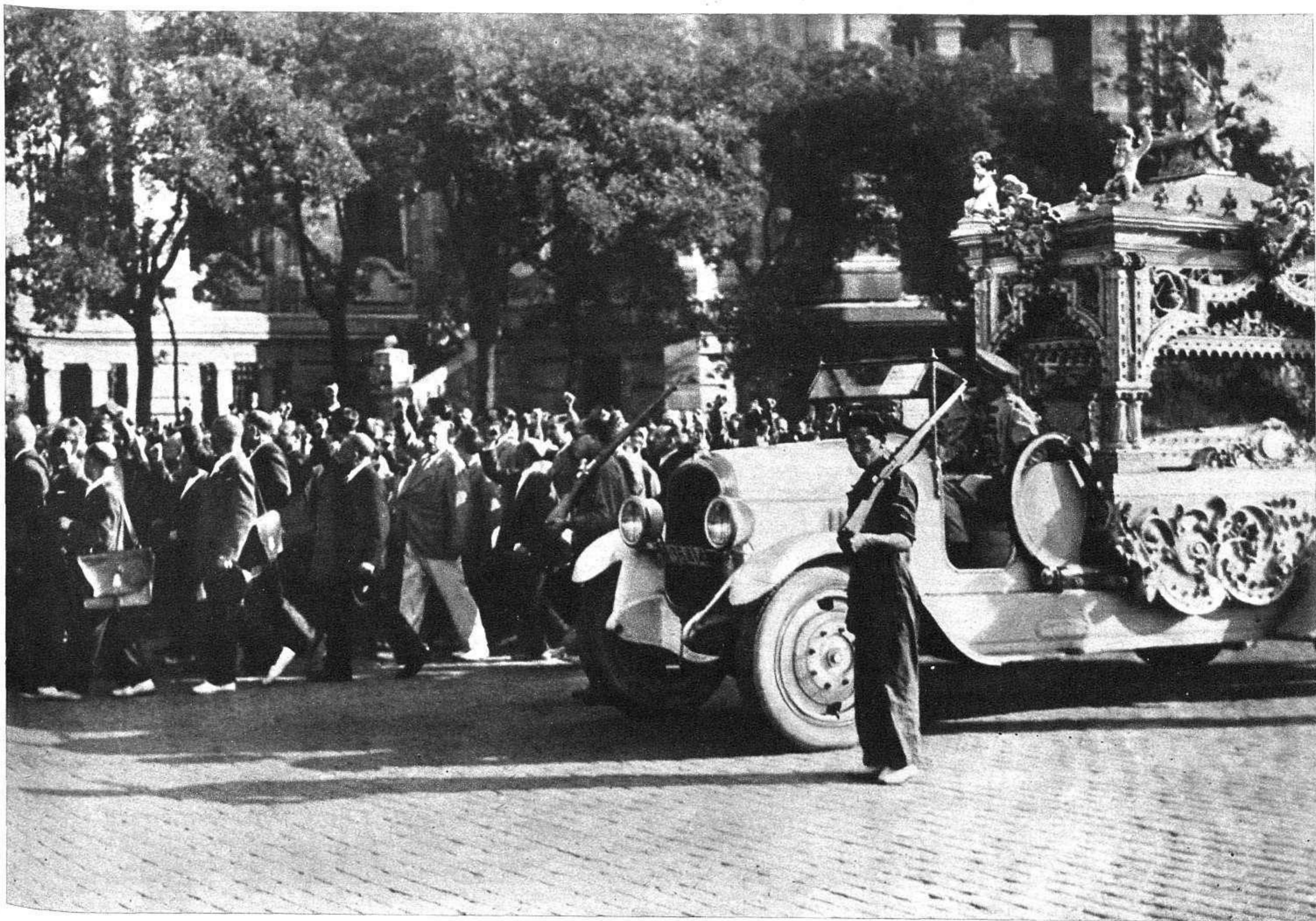
Los perros de la Cruz Roja madrileña están siendo preparados para poder auxiliar algún día la labor de los hombres de aquella Institución en el campo de batalla

CUANDO la Cruz Roja tomaba parte en los desfiles militares, los madrileños veían pasar entre los hombres de aquella Institución a algunos perros, que llevaban sobre el lomo la roja cruz humanitaria.

Aquellos perros eran la mascota. Como es sabido, ésta es una costumbre frecuente en las unidades militares de muchos países. Un carnero, una cabra, un perro, van también en los desfiles, y son para las tropas que los poseen como una llamada a la buena suerte.

Así, también la Cruz Roja de Madrid tenía sus perros mascota: varios perros lobos de hermosa estampa, que dócilmente desfilaban entre los hombres de aquella Institución los días de fiesta militar.

Estos perros están hoy, como siempre, en el Cuartel General de la Brigada de la Cruz Roja, instalado en la calle de Miguel Ángel. (Allí, la labor múltiple, infatigable, de ese gran camarada de todos los periodistas que es Luis Blanco Soria). El pequeño cuartel está, lógicamente, estos días en plena actividad: ir y venir de camilleros, consultas, peticiones, llamadas telefónicas. En la hora del odio, se ve allí a cada momento y en todas partes—en los



En una carroza blanca iba, camino del cementerio, la niña de Fuensalida

LAS VÍCTIMAS INOCENTES

La niña de Fuensalida muerta por un avión faccioso

Un periódico de la mañana recogió días pasados esta noticia, que tiene un hondo patetismo y un valor espartano de heroicidad: «El jefe de Correos de Fuensalida (Toledo) envió ayer a la Dirección General de Correos el siguiente despacho, demostrativo de la valerosa abnegación con que los funcionarios de este republicano Cuerpo, como sus hermanos de Telégrafos, luchan por la República, contra la criminal rebelión: «Aviación fascista esta tarde arrojó una bomba sobre el edificio de Correos, sepultando a mi hija y destrozando el edificio. Ante crimen tan horrendo, sólo pido que compañeros de ésa libre servicio acompañen el cadáver, que en estos momentos se traslada a la Dirección General y se embalsama. ¡Viva la República!»

El telegrama venía sin firma. El funcionario de Fuensalida la había omitido deliberadamente, porque todos los miembros de Comunicaciones rehuyen la publicidad de sus heroísmos individuales para hacerlos recaer sobre la colectividad.

El cuerpecito destrozado por la metralla fué conducido inmediatamente a Madrid. Y allí, en Fuensalida, en el lugar mismo de la tragedia, siguió el padre, con el corazón retorcido por el dolor, cumpliendo su deber de funcionario heroico.

Pero el ministro de Comunicaciones le ordenó que regresara a Madrid para que pudiera acompañar al

cadáver de su hija hasta el momento de darle sepultura.

En un salón del palacio incautado por el Sindicato de Carteros está expuesto el cadáver de la niña muerta por la metralla fascista. Junto al ataúd, pequeño y blanco, el dolor paterno cuaja en lágrimas silenciosas. Aun está viva en sus ojos la horrible visión de pesadilla, la casa en escombros humeantes, y entre ellos, los cuerpecitos de sus tres hijos pequeños.

—Aquella tarde—nos dice el infortunado jefe de Correos de Fuensalida, don Juan Luna Moreno—había ido al pueblo uno de mis hermanos, que ha estado en la columna que mandaba el coronel Puig. Había ido con el propósito de traer a Madrid a Encarnita, la hija que ha perdido para siempre.

La niña estaba preparando sus cositas, porque media hora después salía el coche que había de traerla, cuando llegó un avión faccioso. Era la primera vez que volaba sobre Fuensalida. Soltó ocho bombas. Una cayó sobre la casa de Correos. Tres hijos míos estaban allí. Encarnita, de nueve años; otra hermana menor y el pequeño, de tres meses, en la cuna. La casa quedó convertida en un montón de escombros. Yo, que estaba en la calle y me había tirado al suelo al oír la primera bomba, corrí hacia mi casa. En el camino me encontré a la niñera

del pequeño. «¡Mis hijos, mis hijos! ¿Qué ha sido de mis hijos?» «Están muertos», me dijo la niñera. Como un loco busqué entre los escombros. Dos viguetas cruzadas habían formado un hueco sobre la cuna del pequeño, y por esto pudo salvarse milagrosamente. La niña menor, de tres años, había salido en aquel momento a la calle; también se había salvado. Pero Encarnita... A Encarnita, después de un largo rato de búsqueda afanosa entre los escombros, la encontramos destrozada.

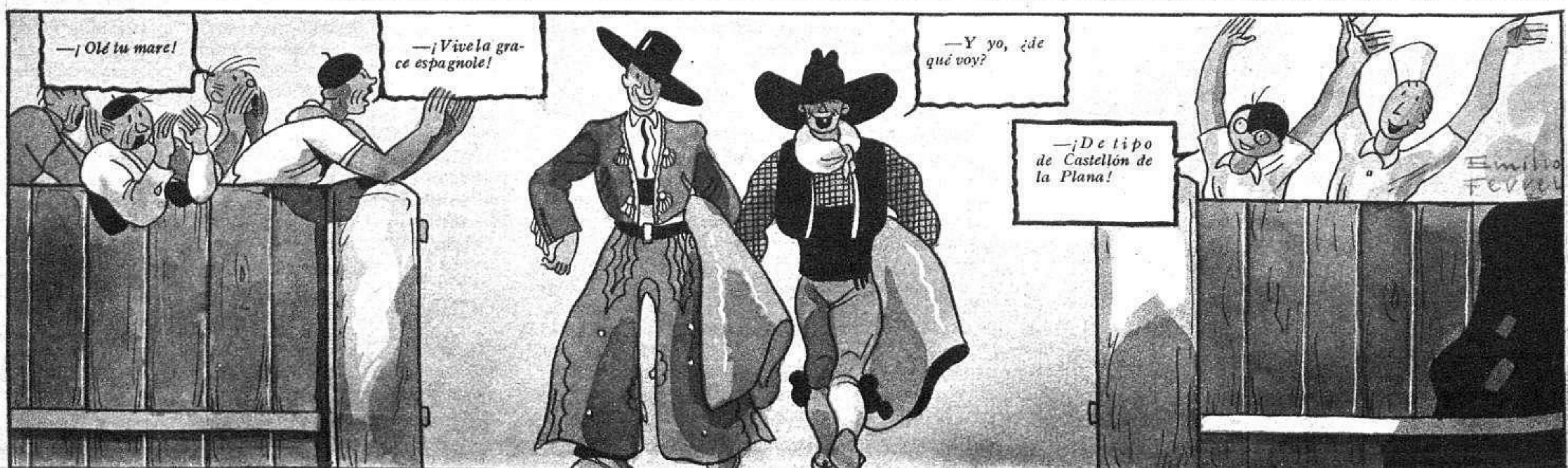
El infortunado padre no puede continuar el relato, porque el dolor le atenaza la garganta. Y da pena ahondar en su pena con nuevas preguntas. Junto a él, destrozado está el cuerpo de la niña, víctima de la metralla fascista. Con una insospechada serenidad en la boca, florecida de dos pétalos morados junto a los ríos sangrientos de las heridas. La boca que se cerró para siempre una tarde que ha de cuajar en romance popular, cuando se abrió frente al espejo infantil, cantando las estrofas ingenuas que la bomba segó en la mitad del camino:

*Tengo una muñeca
vestida de azul.*

En el cielo sin nubes de los niños hay ya un coro de muñecas, vestidas de azul, para entregar a Encarnita la palma del martirio.

A. O. S.

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO





El avance de los milicianos entre las malezas del terreno

FILM DE LA GUERRA

LOS HÉROES

MIENTRAS las baterías—leales y rebeldes—lleen de estrépito los barrancos y las cumbres de la serranía nos afanamos en reunir y ordenar un buen número de libros con los que ayudar a nuestros camaradas a pasar las larguísimas horas de tedio en las posiciones avanzadas. Es éste un aspecto de la lucha que el Ejército popular no ha olvidado. Y hétenos en plena labor. Hemos recibido una oferta del Comité de un pueblo, y, en consecuencia, a ese pueblecito nos trasladamos varios compañeros del servicio Prensa y Cultura.

La mañana es magnífica. El aire fresco de otoño—que ya aquí no hay verano—satura el valle por el que se desliza la carretera. Desde ella vemos cómo caen y estallan los obuses, levantando un penacho de polvo y humo. Más lejos, hacia las crestas del monte, siguen ardiendo los pinares; por la noche, el incendio impresiona: es una serie de líneas de un rojo brillante que parecen cortar las tinieblas en anuncio del aquelarre.

Queda a nuestra espalda un pueblo, y poco más tarde, el automóvil penetra, ahuyentando perros y espantando gallinas, en otro. Los edificios están intactos. No llega allí el estampido de los cañones. Todo es paz y quietud. En una plaza hay mesas, junto a las cuales unos vecinos charlan animadamente y oyen la radio. Casi en aquel momento olvidamos que hay guerra, que pocos kilómetros más allá silban las balas sembrando la muerte.

No obstante... En la plaza desembocan algunos hombres armados; milicianos de la localidad que ejercen la vigilancia de retaguardia, tan necesaria, tan imprescindible en todas las guerras, y muy especialmente en las civiles, donde no siempre son amigos los que se lo llaman; donde puede haber un espía en la casa misma en que comes o duermes.

Hablamos ahora con estos buenos camaradas mientras bebemos un vaso de cerveza fría—¡oh regalo inapreciable en campaña!—y nos acaricia el oído la grata melodía de un vals vienés.

Naturalmente, la conversación recae en los incidentes de la guerra. Conocemos los antecedentes, y no dudamos del resultado. Necesitamos, en cambio, el detalle, lo que no todos vemos.

—Por aquí pasaron el primer día—nos informa un lugareño curtido por el aire y quemado por el sol—. Iban en muchos camiones. Nos quedamos sorprendidos. Vitorreaban a la República, y no sabíamos qué hacer. ¿Eran amigos o adversarios?

—Pero un muchachito...—interrumpe otro aldeano.

—Sí; pero un muchachito de los que venían en los camiones—continúa el narrador—fué echando unos papelitos, que decían: «Somos sublevados». ¿Os dais cuenta del valor que se necesita para escribir y echar esos avisos, rodeado de enemigos, yendo con ellos? Gracias a esa advertencia detuvimos a dos de los coches y nos apoderamos de sus ocupantes. Avisamos a quien convenía, y ya no pudieron pasar más. ¡Bravo muchachito! ¿Qué habrá sido de él?

Durante unos minutos permanecemos silenciosos, como en espontáneo homenaje al soldado que no vaciló en arriesgarlo todo por cumplir su deber.

Una mujer muy joven se aproxima. Lleva en brazos a una niña de dos años, rolliza y bonita como una muñeca; la criatura, con ese fino instinto que parece permitir a los pequeñuelos advertir la presencia de un amigo, nos mira sonriente y jovial.

—Son la compañera y la hija de otro valiente: de Jesús Corredera. Ahora está en el frente, allá arriba.

Y nuestro informador señala hacia el puerto y las

crestas, que a nuestra izquierda cierran muy próximo el horizonte.

* * *

Emprendemos el regreso con cerca de doscientos libros en el maletero del auto. El Comité y el maestro del pueblo—un hombretón simpático, republicano ferviente—han puesto a nuestra disposición cuantos volúmenes podían ser convenientes para la Biblioteca circulante que organizamos.

Mientras el vehículo nos reintegra velozmente a nuestra base de operaciones, recordamos el gesto abnegado y gallardo del muchachito aquel que echaba papelitos en la ruta de los sublevados.

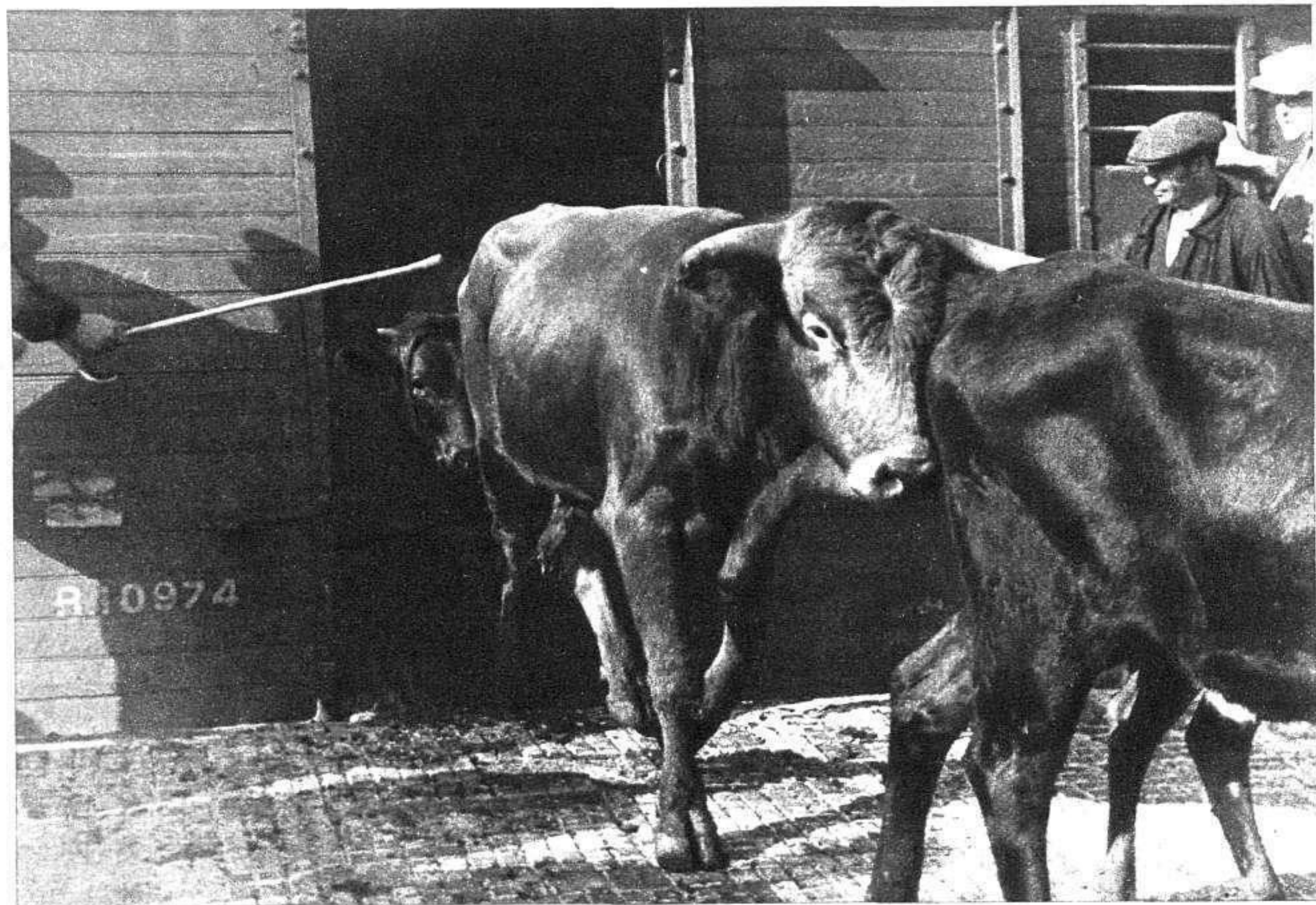
Al entrar, grupos de milicianos nos saludan alegremente, puño en alto. Pertenecen a nuestro ya glorioso batallón. Lucharon como bravos en la magnífica acción de Peguerinos, donde su intervención, valerosa, abnegada, fué decisiva. Son los héroes anónimos, para quienes la lucha no es una satisfacción—llevan en su alma un amor inmenso a la paz entre todos los hombres del Universo—, sino un deber, que cumplen con fervor. No han querido ni quieren la lucha; han proclamado siempre la fraternidad humana. Pero cuando se les ha atacado en lo que más quieren, en su libertad, en su derecho a vivir como hombres; cuando se les ha querido convertir en bestias aherrajadas, se han lanzado al campo, armas en la mano, frente alta y corazón sereno, dispuestos a cumplir su lema de «¡No pasarán!»

LUIS HERNANDEZ ALFONSO

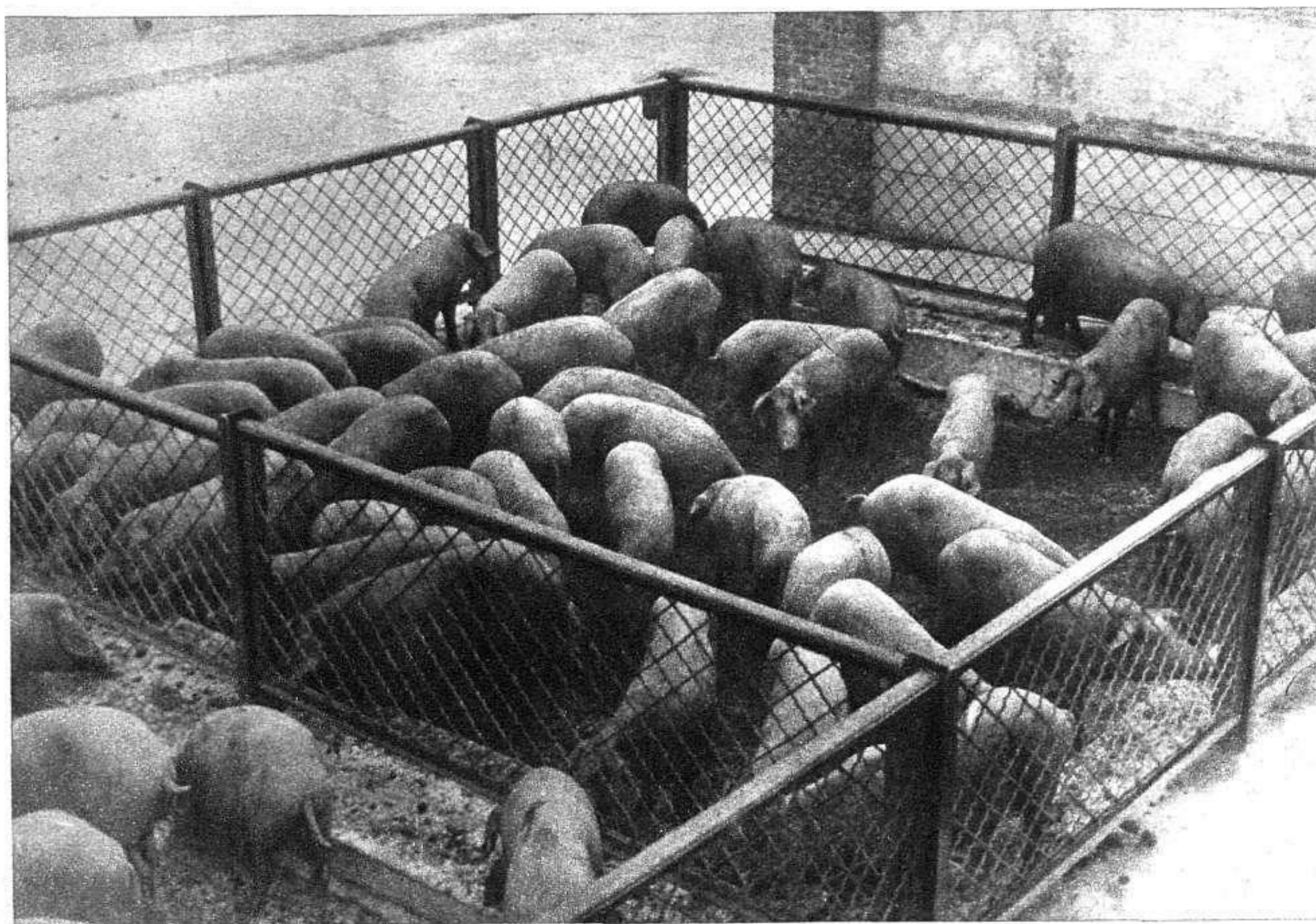
Frente del Guadarrama, Septiembre.

EL ABASTECIMIENTO DE MADRID

Un problema de centralización y de distribución



Las reses saliendo de los vagones en los muelles del matadero



El ganado de cerda en una de las corralizas
(Fots. Videca)

Unos días—sólo muy pocos días—fué motivo de preocupación el abastecimiento de carnes para Madrid. Y aun en esos días el problema no fué de verdadera escasez, sino de dificultades de distribución, de falta de disciplina en el público consumidor. Surgieron las «colas» y, con ellas, los retrasos y ciertos vicios típicos de toda aglomeración.

En las carnes, como en los demás artículos alimenticios, se pudo observar el efecto de los acaparamientos, que coincidieron con los primeros días del mes. Consecuencia lógica del cobro de sueldos mensuales en la clase media.

La familia obrera no puede acaparar. Cobra sus jornales por semanas, vive al día, no puede permitirse grandes reservas de comestibles. El consumo en Madrid se ha intensificado. Ha aumentado considerablemente la población. Madrid ha asumido contingentes venidos de las zonas de guerra. Este exceso de población eventual grava el consumo. Sin él, complicado con ciertos abusos de acaparamiento por parte del vecindario habitual, no se hubiera notado la menor dificultad. Porque lo cierto es que en Madrid se han recibido y se siguen recibiendo víveres en cantidad bastante y aun superior a la del consumo de la ciudad en épocas corrientes.

El abastecimiento de carnes sigue un ritmo normal. Una visita a los nuevos Mataderos confirma esta realidad. Corrales y rediles están repletos. Se sacrifican reses en la proporción habitual. Datos de un día: 350 vacas, 1.200 corderos, y el ganado de cerda, en la proporción adecuada a la época del año.

El problema, pues, no es de escasez, ni en carnes ni en otros muchos alimentos. Es de organización y distribución. A este respecto, el Ayuntamiento, Intendencia y el Ministerio de Industria y Comercio han realizado una labor ardua.

Pero la guerra improvisa necesidades que exigen urgentes remedios. Y en este sentido hay que hacer resaltar el trabajo enorme de organización, de eficacia, de verdadero y ejemplar heroísmo civil que ha realizado el Comité Popular de Abastecimientos, integrado por representantes de las distintas Agrupaciones del Frente Popular.

Cuando se haga la historia detallada de esta contienda, cuando se especifiquen todos los aspectos del gigantesco esfuerzo hecho por Madrid, ocupará justo lugar de privilegio en esos anales la labor ingente que supo improvisar y cumplir el Comité Popular de Abastecimientos.

El Comité ha abastecido y abastece a todos los Radios, cuarteles de Milicias, Ateneos libertarios y Círculos Socialistas de Madrid de cuanto necesitan.

Diariamente distribuye un promedio de treinta camiones de víveres que llegan para esos destinos a Madrid.

El esfuerzo, el entusiasmo y la perfecta organización del Comité aseguran el abastecimiento de Milicias y Agrupaciones, y aun puede auxiliar al Ayuntamiento y a Intendencia en muchos casos.

Pero el problema del abastecimiento de la población civil requiere otras orientaciones. Todos cuantos en estas circunstancias han intervenido e intervienen en cuestiones de abastos coinciden en exponer que el primer punto a resolver, el que exige una realización inmediata, es el llegar a una urgente centralización del abastecimiento.

La centralización en un solo organismo responsable y directivo traería por inmediata consecuencia la exacta distribución de cuanto se recibe, así como la adquisición por un solo organismo de cuantos artículos sean necesarios.

Esta centralización produciría orden y economía. Seguidamente el organismo central establecería el control de Mercados. Las autoridades municipales o los Comités de Vecinos y los Comités del Frente Popular de barriada realizarían la estadística de las cantidades de víveres que cada núcleo de población necesita. Cada familia recibiría, en proporción al número de sus componentes, los víveres necesarios, y bien organizada la vigilancia y sancionados los abusos que se descubrieran, nadie adquiriría más de lo que le correspondiera, porque podía llegarse a fijar a cada núcleo de vecinos las tiendas en las que debía comprar. La tarjeta familiar que se ha ensayado con éxito por el Ayuntamiento de Canillas regularía las adquisiciones, imponiendo un lógico racionamiento.

Como la centralización del mando en el aspecto bélico, la centralización de los abastecimientos resolvería el problema de los víveres, la defensa de los víveres, que es uno de los temas capitales de la guerra. Con ella, y con la racional y rigurosa distribución por distritos, por barrios, por calles, hasta por casas, si es preciso, se evitarán las «colas» desmoralizadoras. Estamos viviendo una guerra, y hay que hacerla en todos sentidos. Y una de las obligaciones que la guerra impone es producir lo más que se pueda y consumir lo menos que sea posible.

**Lea usted "Mundo Gráfico"
todas las semanas**

DEL AMBIENTE Y DE LA VIDA

LA GRANDEZA DEL LLANTO

Yo he visto a una madre llorar. ¿Por qué? Por lo que lloran todas las madres, por lo que sollozan todas las desdichadas que han alumbrado con dolor y han perdido al fruto idolatrado de sus entrañas. Y he querido consolarla con palabras y razonamientos, como si la pena pudiese aminorarse con vocablos, y el abatimiento, con silogismos. Pero intentar prestar un consuelo es sentirse bueno. ¡Y es tan difícil, pero tan íntimamente confortador, sentirse bueno y con las manos limpias de culpa cuando se contempla, de un lado, la completa inocencia, y de otro, la inhumana ferocidad!

He querido enjugar las lágrimas de la desgraciada, y la he dicho:

—Mujer atormentada, no llores. Sin el dolor no valdría la pena de vivir. Es él el que nos pule y nos purifica. Sin el dolor, la existencia carecería de finalidad, porque para vivirla hay que merecerla. Con placer se mira a los hijos, se les acaricia y se los guía, adoctrina y enaltece; pero sólo con dolor se los pare y se los ve morir. Y es en estas dos ocasiones penosas cuando se es verdaderamente madre.

Si no padeciésemos jamás sufrimiento ni contrariedad, no apreciaríamos los dones de la salud, que no se estima hasta que se pierde; de la fortuna, cuya verdadera importancia no conocemos hasta que se nos va de las manos; de los seres queridos, a los cuales a veces tratamos con indiferencia o desdén, y por cuya ausencia derramamos lágrimas. Es lo que presta a todo lo más brillante su claro oscuro. Hay luz, porque existe la sombra; comprendemos lo grande, porque lo comparamos con lo pequeño, y lo triste, porque recordamos lo alegre. Mira a los animales inferiores, que no sienten la pérdida de sus crías una vez que las prestan los primeros cuidados por instinto ciego. Pero ellos no saben de las dulzuras, que son sacrificios, de la maternidad.

La pobre madre ha seguido llorando.

—Piensa—he añadido—, si eres creyente, en que hay otra vida, en que los justos, como tu hijo, han de encontrar su recompensa. Y si dudas, hazte cargo de que nada puede ser más venturoso que el descanso eterno, el dejar

de padecer y de contemplar bajezas y miserias. Un poeta a quien no has leído, pero del cual habrás oído hablar, Gustavo Adolfo Bécquer, ha dicho: «¡Qué sueño el de la muerte, tan tranquilo!» Hace veinte años, tu hijo no existía y no lo echabas de menos. ¿Por qué has de llorarlo ahora que ha vuelto al seno de la Eternidad? Haz cuenta que no lo conociste, que nunca lo meciste en tus brazos, que jamás lo enjugaste el sudor con tu delantal, que no te devolvió, amante, los besos que depositaste en su frente y en sus mejillas. Lo pasado no existe. No hay más que el presente. Mira de cara al sol que nos alumbra, como todos los días; a la Naturaleza, que se transforma y siempre es la misma, fecunda y ubérrima; al pensamiento, que busca nuevas orientaciones y nuevos cauces; a la vida, que se renueva.

Y la madre ha seguido llorando.

—El dolor—he seguido diciendo—es estímulo y acicate. Se trabaja para no padecer miseria; se es bueno para no sufrir castigo o simple persecución. Cuidamos de nuestro cuerpo por miedo a que la falta de higiene nos procure la enfermedad. Amamos por el instinto, que nos hace mirar con terror la soledad y el abandono. Ninguna labor se realiza, ninguna obra meritoria se lleva a cabo si no es por la amenaza del mal. Hasta las acciones más desinteresadas del sabio, del asceta o del simple virtuoso son practicadas por no sufrir el dolor inaguantable del remordimiento. Tenemos que padecer, y al padecer debemos considerarnos dichosos, porque solamente entonces nos hemos hecho merecedores de la vida y dignos de nuestra condición humana. Ahora que lloras eres mejor, más inteligente, más sensible, más mujer y madre que nunca lo fuiste. Has perdido un hijo; pero has alcanzado la suprema y gloriosa aureola de la santidad.

Y la madre ha continuado sollozando.

—La Humanidad—he seguido—ha sido y es grande por sus catástrofes. La Historia dedica muy pocas páginas a los años y aun a los siglos de paz y bienaventuranza. Los pueblos felices, se ha dicho, no tienen historia. Pero las épocas de dolor, de esclavitud, de barbarie, de

dolor universal, llenan muchos infolios. Y es entonces cuando se registran los sublimes actos de heroísmo, de grandeza moral, de exaltación de los sentimientos artísticos y libertadores. Es entonces cuando los sabios afrontan la muerte con sereno estoicismo, cuando las madres emulan la conducta de la de los Macabeos y la de las de los héroes numantinos. En la paz lo hay todo: tranquilidad, pan y respeto mutuo, comodidad y riqueza; pero la sublimidad es en la guerra en donde aparece. Es en la adversidad en donde templan su fortaleza los espíritus y donde la vulgaridad desaparece. Surgen en ella, como en todas las grandes catástrofes, los generosos actos de abnegación y los arrojos indomables. La altura moral de los seres humanos crece en cien codos. Todas las figuras se agigantan. No hay redención sin sacrificio, y en todos los progresos, como en todos los alumbramientos, hay sangre pura. Nunca merecemos vivir hasta que nos decimos: «¡Qué importa morir!». Más que ser dichosos vale merecerlo, y el bienestar no supera al goce inefable de conquistarlo.

La madre ha seguido en su llanto monótono.

Y entonces he apelado a un supremo recurso.

—Tu hijo—he dicho—ha perecido en el cumplimiento de su deber. ¿Hubieras preferido que viviese deshonorado y maldito? ¿Te hubiera satisfecho verlo acobardado, incapaz de trabajar, de luchar y de mostrarse hombre merecedor de estimación y de aprecio? ¿Querías, acaso, que fuese inferior a todos los demás nacidos de madre, menos apto para afrontar el riesgo y para dar ejemplo de virilidad? Nació para realizar una función en la vida, y la ha realizado; para cumplir un fin, y lo ha cumplido. No se forja la herramienta para que nadie la utilice, ni crece la espiga para no ser jamás cortada. Se vive para algo. A la memoria de tu hijo se tejen coronas, y al paso de su rígido cuerpo se baten palmas. Eres madre afortunada, puesto que lo eres de quien supo vivir y morir.

Y la madre ha enjugado sus pupilas con el delantal y me ha estrechado entrañable y fervorosamente las manos.

ANTONIO ZOZAYA



En el mundo del cinematógrafo

La bella actriz cinematográfica Pat Patterson, descansando, tras una larga temporada de actividad, en su «bungalow» de la costa californiana



Miliciano de 1868, cuando por primera vez se alzó el grito de «¡Viva la República!» sobre las masas populares madrileñas, don Juan García Porres envidia a los españoles que tienen en sus manos la suficiente energía para empuñar el fusil

(Fots. Portillo)

Un miliciano superviviente de la Revolución del 68

Su padre, don Cosme García, fué, antes que Isaac Peral, el inventor del sumergible en España

Al mismo ritmo del ímpetu con que se van los «que pueden irse», late la ansiedad de los que se quedan «porque se tienen que quedar». Y acaso la fuerza que

los que se fueron llevaron a la lucha se alimentaba, en gran proporción, de la energía que acumulaban los que no pudieron marcharse. Cuestión de posibilidades físicas solamente. De esto saben mucho en todas las oficinas de reclutamiento para las Milicias Populares, a las que acuden en demanda de un fusil y un lugar para combatir padres de familia que no dudan cuando tie-

nen que abandonar su hogar, muchachas que acaban de dejar la máquina de escribir o la aguja, y ancianos que parecía que no habían de apetecer ya más que un vegetativo sosiego.

Un veterano de la Revolución del 68

Uno de estos ancianos es don Juan García Porres, que apenas la sedición erizó con las puntas de sus armas el horizonte de la República se apresuró a ofrecerse a la legalidad republicana para lo que sus ochenta y cinco años vividos le consintieran valer.

—Ya me hago cargo—decía—de que no estoy para echarme el fusil a la cara, ni siquiera para permanecer a pie firme horas y horas. Pero para lo que pueda servir, se cuenta conmigo.

Le faltaba brío al ofrecimiento. Pero no convicción. Ni precisaba tanto. Porque ya tenía expresión suficiente su condición de veterano de la Milicia Nacional con la jerarquía de teniente del Batallón de la Libertad a través de setenta años de servicios.

—Como teniente de aquel batallón—recuerda—, tomé parte en la Revolución de Septiembre de 1868. Cuando echamos a Isabel II. Prim, vencedor, para recibirle, a su entrada en Madrid, el Ejército popular formó desde la Glorieta de Atocha a lo largo del Paseo del Prado. Y entonces, al paso del general, oí vitorear a la República por primera vez. Fué el comandante de mi batallón el que dió aquel «¡viva!»

Superviviente de aquel revolucionarismo tan pródigo en el esfuerzo, tan generoso de su sangre, pero tan fácilmente contentadizo, del siglo XIX, acaso no comprenda bien el contorno y la profundidad del actual movimiento liberador. Pero ve con ambición, melancólica por imposible, cómo van a la lucha por la Libertad las actuales Milicias, con las que si no pueden irse, firmes y resueltos, sus pies, y bravos y vigorosos, con un arma en las manos, sus brazos, se le va el corazón en ansias de pelea.

—Sólo siento no poder ir con ellos—dice—y que haya llegado cogiéndome ya tan viejo lo que siempre esperé que tenía que llegar.

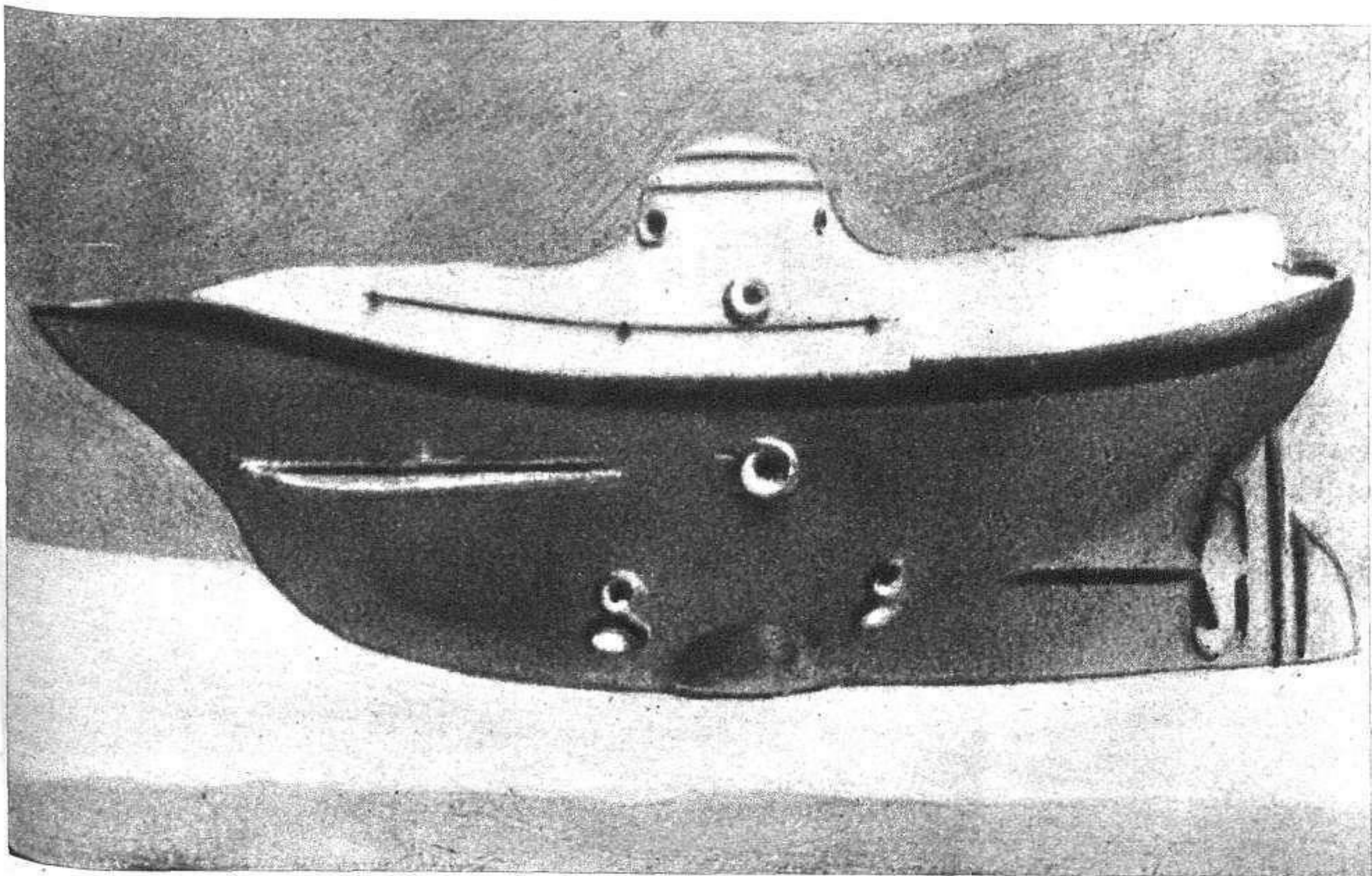
«El militarismo. ¡He ahí el enemigo!»

Don Juan García Porres cree que el militarismo ha sido siempre el enemigo de las posibilidades progresivas de España. Y fundamenta esta creencia en una sensible experiencia personal.

—España—dice—pudo ser una de las naciones mejor armadas del mundo; pero el militarismo lo impidió. En 1861, se construyó en España la primera carabina de aguja para cartuchos de papel, o sea la primer arma de fuego que se cargaba por la recámara; y en 1862 se realizaron en el Campamento de Carabanchel las pruebas, que dieron el resultado más satisfactorio, de un cañón de artillería cargado a granel, por detrás, con doble cierre, resistencia y obturación. Ningún otro país disponía entonces de aquellos elementos de guerra. Pero fué en nuestro Ejército donde el inventor de aquellas armas en-



He aquí a don Cosme García, el benemérito hombre de ciencia español, a quien se debe el invento del submarino y cuyo hijo, hoy ya octogenario, siente conmovida su vejez por la ambición imposible de empuñar las armas en defensa de la Libertad



Antes que Isaac Peral, la navegación submarina había sido resuelta ya en España por el invento de don Cosme García, según este modelo de sumergible

contró, para la adopción de sus inventos, una resistencia más tenaz, que había de llegar a hacerse invencible. Porque aquel inventor no era un militar, sino un hombre civil. Se llamaba Cosme García. Aquel inventor era mi padre.

Cosme García, inventor del primer sumergible

—¿Y no obtuvo su padre de usted ningún beneficio de aquellos inventos?

—Ninguno. Ni tampoco de otro invento más importante, que logró después. Porque mi padre—y no Isaac Peral—fué el inventor del submarino. Antes que Peral y antes que Monturiol, que también se anticipó a Peral, como mi padre, Cosme García, construía un sumer-

gible en 1858, cuyas pruebas, realizadas en los Bajos de Montjuich, si permitieron observar varias deficiencias, señalaron claramente que ya estaba resuelto el problema de la navegación submarina. Y en 1860, en el puerto de Alicante, ante las autoridades militares y civiles de la población, se probó un nuevo modelo de aquel sumergible, introducidas ya las necesarias modificaciones, con un resultado perfecto. Mi padre, dentro del submarino, puso en funcionamiento la maquinaria, lo hizo maniobrar con absoluta precisión y sumergirse hasta el fondo del mar, y así permaneció durante cuarenta y cinco minutos, para reaparecer en la superficie ante las aclamaciones de la muchedumbre que asistía al solemnísimos acontecimiento. De aquellas experiencias, afortunadas por su rendimiento científico, ya que no por el provecho que de ellas alcanzara su autor—dice el único hijo su-

perviviente de don Cosme García—, quedó un acta con numerosas firmas, encabezadas por la del comandante de Marina del puerto de Alicante, don José de la Paz; el brigadier gobernador de aquella capital, don Buena-ventura Carbó; el ingeniero de Minas Sandín; el ingeniero jefe de la provincia de Alicante, don Agustín de Aroso y Baraibar, y los representantes consulares de Suecia y Noruega, el Imperio británico y los Estados Unidos. Lo que no quedó fué el submarino. Desengañado, defraudado en sus más legítimas esperanzas, mi padre lo hundió a la salida del mismo puerto de Alicante, donde triunfara rotundamente en las pruebas. España siguió sin naves sumergibles en su Marina de guerra, como continuó en su Ejército con un armamento anticuado, sin eficacia, frente a los de los otros países, cuando el invento por mi padre de las armas de fuego cargadas por la recámara pudo haberle puesto, con relación a los Ejércitos extranjeros, en condiciones de poderosa superioridad. Pero mi padre era un hombre civil, y los militares preferían permanecer en una situación de inferioridad frente al Extranjero a deberles su progreso a los hombres civiles. Mientras tanto, mi padre moría en el más absoluto desvalimiento económico, sin siquiera el consuelo de la certidumbre de que la patria conservara memoria de su genial laboriosidad.

Para que den fe de sus palabras, don Juan García Porres, el único hijo superviviente de don Cosme García, va desempolvando documentos, entre los que sus manos octogenarias tiemblan, no se sabe cuánto de emoción y cuánto de vejez.

Y mientras tanto, repite con una obstinación que se adivina cada vez más fortificada a lo largo de toda su vida:

—El militarismo. ¡He ahí el enemigo!

Y añade:

—Me coge ya demasiado viejo para combatir.

Con ucos cuantos años menos, como en 1868, en 1936 don Juan García Porres estaría peleando en las Milicias Populares contra el militarismo, en defensa de la Libertad. Y nadie sabría, viéndole entre los milicianos, como nadie sabe hoy, viéndole mirar a los milicianos con envidia, que es la continuación humana del inventor del primer sumergible español.

José ROMERO CUESTA

Este número está visado por la Censura

EDICIONES ELEGANTES Y MODERNAS



CONSULTE
POR CARTA O
POR TELEFONO A

**PRENSA
GRAFICA**
S. A.

HERMOSILLA, 73. - MADRID
Apartado 571 Teléfonos 57885 y 57884

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRAFICOS

10 PALABRAS: PESETAS 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Caricaturas, Almanques lujosos. Brillo rosado. Marca PD. Dümmatzen, Barcelona, Tetuán, 4.



NAVAJAS PA AFEITAR

MARCA



DE CORTE SUAVE
NO IRRITAN EL CUTIS

FRIEDR. HERDER AS
SOLINGEN - ALEMANIA

Hombres Impotentes

afectados por la edad, los excesos o la enfermedad adquieren nuevas fuerza

Tomando las celebres

GLOBULOS ROMON

Tratamiento científico

rápido, activo e inofensivo

Precio: Doce cincuenta el frasco

Laboratorio ROMON, 6, r. Bidaire, PARIS

Farmacia de Santo Domingo, MADRID

Casa Segala, BARCELONA

Conservas **TREVIJANO**

URINARIAS

(AMBOS SEXOS)

Sin lavajes, inyecciones ni otras molestias, y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de la blenorragia, gonorrea (gota militar), cistitis, prostatitis, leucorrea (flujos blancos de las señoras) y demás enfermedades de las vías urinarias, en ambos sexos, por antiguas y rebeldes que sean, tomando, durante unas semanas, cuatro o cinco CACHETS COLLAZO por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pidan folletos gratis a Farmacia Collazo. Hortaleza, 2. Madrid. Precio: 17 pesetas.

LO MAS EFICAZ,
CÓMODO, RÁPIDO,
RESERVADO
Y ECONÓMICO

CONCURSO DE CARTELES "HOMENAJE A LAS MILICIAS"

CONVOCADO POR LA JUNTA DIRECTIVA DEL FRENTE POPULAR DE LA
CAMARA OFICIAL DEL LIBRO DE MADRID

55



EL
ARTE
AL
SERVICIO
DEL
PUEBLO

Estos dos car-
teles han sido
presentados
al Concurso.
Lean una in-
formación del
mismo en el
interior del
número

(Fots. Piortiz)

mundo
gráfico

CONCURSO DE CARTELES "HOMENAJE A LAS MILICIAS"

JUNTA DIRECTIVA DEL FRENTE POPULAR DE LA
CAMARA OFICIAL DEL LIBRO DE MADRID



¡agrupémonos
todos
en la lucha
fina

52